

terrible Lilibea con sus escollos multicolores; mas, aunque haya querido Virgilio reunir en este relato los combates de la *Iliada* con los viajes de la *Odisea*, su materia épica no puede compararse con la ofrecida por los escollos que al conjuro de Colón surgen, iluminados de un sol nuevo en el mar tenebroso, ó llenos de tribus desconocidas hasta entonces y destinadas á dilatar desde sus chozas de palmas, no solamente los cielos del planeta, los ideales del espíritu. Las aguas por Eneas en tan apartados siglos recorridas, se habían visto desfloradas por muchas naves; mientras las aguas que recorría Colón, fuera de las humildes canoas costeras, que no podían apartarse de las tierras, jamás habían ninguna quilla sentido sobre su inmensa virgen superficie, ni soportado las marinas ni visto las maniobras de una grande y adelantada navegación.

Precisa confesar que no existe poeta ninguno en el viejo y en el nuevo mundo con la capacidad que Camoens para cantar el poema de los descubrimientos y de las navegaciones. El objeto y la materia de sus *Lusiadas* aseméjase mucho á la materia y objeto del *Diario* de nuestro descubridor. Precédenos y acompañanos Portugal en la obra de agrandar los Océanos y centuplicar las tierras. Mientras España exploraba los mares tenebrosos por sitios donde halló la surrección del nuevo mundo americano, explorábalo Portugal por sitios donde halló la resurrección del viejo mundo asiático. Y en la fecundidad que tenía entonces el reino lusitano, á un mismo tiempo engendraba los pilotos descubridores y el poeta cantor de los descubrimientos. Cuando éste pide á las musas del Tajo, tan melodiosas como las musas del Mondego, que cantan en el manantial de las lágrimas los tristes amores de D.^a Inés de Castro, dejen de susurrar desde Toledo á Lisboa los antiguos idilios pastoriles y los populares romances caballerescos y tomen aliento para la intentada epopeya oceánica, en verdad recoge la inspiración más vívida y real de aquellos tiempos con la materia épica más cierta, encerrando una y otra en octavas inmortales, animadas

todas por esto incomparable y esclarecidas en luminoso ideal. Era un poema vivo aquella resurrección de las Indias, reconquistadas para Europa entera por Alejandro Magno de Occidente. Camoens decía en los primeros cánticos de su poema por excelencia que Vasco eclipsaría de seguro á Eneas y seguramente lo eclipsó para siempre. Nada tan maravilloso cual ver, en los días mismos de levantarse resucitadas las estatuas clásicas y de florecer las guirnaldas helenas en los ornamentos de las logias rafaelinas; cuando el hexámetro de Virgilio resucitaba en los poemas de Zannazaro y los períodos de Cicerón en los labios de Bembo; por la Roma de León X entrando ceñidos á cadenas de oro portuguesas los elefantes y los leopardos, que llenaran en lejanos días el circo de los Césares y mostraran la universal sumisión del mundo antiguo á la Ciudad Eterna. Las perlas de Manaar, los rubíes de Pegú, el clavo de las Molucas, el oro de Sumatra, la canela de Simaliala, el alcanfor de Ormutz, el añil de Cambay, bastaban para enloquecer al mundo cristiano y darle vértigos de verdadera embriaguez, al mismo tiempo que levantaban la poesía, necesitada siempre de superar y vencer la realidad, á una exultación y á una exuberancia extraordinarias. Camoens tiene la estatura colosal indispensable para soportar como un titán fabuloso aquel poema ciclópeo, que cantaba la renovación del planeta, y para medirse con Vasco de Gama, tan titánico, quien, á pesar de moderno y cercano á la edad nuestra, parece mitológico dios, más que los héroes de Homero, por su maravillosísimo viaje á las Indias. Pero los caracteres del Renacimiento pesaban como una cadena sobre Camoens. Verdadero hijo de su edad, veíalo todo, cual se veía entonces el universo, por las múltiples tradiciones del genio clásico y por la irremisible superstición del espíritu antiguo. Así emplea, como la máquina sobrenatural de su poema, el Olimpo. Y el Olimpo servía para lo que supieron aprovecharlo las artes plásticas; para restaurar y rehacer la forma externa; pero muerto en la conciencia humana su ideal, disuelto

el espíritu suyo en los dogmas cristianos, por la Iglesia católica sustituido en la dirección de nuestra cultura, no podía inspirar un poema, el cual sólo merece la calificación de arqueológico y erudito cuando intervienen las antiguas divinidades en él, mientras merece la calificación de popular y épico sin duda cuando canta la historia y la nación lusitanas, así en los tiempos antiguos como en el Renacimiento. Más poética me parece la misa rezada en el Monasterio de los franciscanos sobre las breñas del promontorio de la Rábida; el Avemaría oída en el paso por las desembocaduras del Guadalquivir y por las costas de Gades, la tarde misma de haber el misterioso descubridor, desde la boca del Odiel, zarpado hacia el mar tenebroso; las letanías dirigidas á la Virgen Madre sobre la carabela cuando brillaban tras el ocaso los primeros vespertinos astros ó rielaba en la superficie oceánica, rizada por los vientos alíseos, la luna llena; los ecos de la Salve y del *Ave maris stella*, como por un órgano inmenso acompañado de los rumores del oleaje y del velamen; los dos *Te Deum* entonados al descubrir tierra y al bajar á ella; la sencillez con que da Colón gracias á Dios en su *Diario* por la felicidad completa del viaje, que las apariciones de Mercurio á Gama en sueños, para precaverlo contra los peligros circunstanciales en Mombaza, que la bajada fabulosísima de Baco al mar de Melinde, que las apariciones de Venus por las isletas indias, que los agasajos de Têtis, que la presencia de dioses muertos hacía mil años en la humana conciencia é incapaces de trocar en cumbres de poesía las heladas cenizas de los extintos dogmas. En cambio es Camoens épico de primer orden, épico al nivel de los mayores poetas, digno de colocarse junto á Homero, superior en muchas ocasiones á Virgilio, más natural que Tasso y Milton, cuando, á la manera que su predecesor Dante Alighieri evoca el mundo sobrenatural de la Edad Media en tercetos sublimes, evoca él en octavas reales incomparables el mundo natural, rejuvenecido por la pascua del Renacimiento, y nos ofrece con toda la historia lusitana, encerrada en himnos de

un vuelo increíble, las descripciones de los pueblos, descubiertos por los nautas compatriotas suyos, y con ellos la poesía del mar, ya en el aparejo y apercebimiento de las expediciones temerarias, acompañadas por los plañidos y lloros de cuantos por la playa se quedan maldiciendo las humanas ambiciones; ya en la exquisita limpia de limazones y ostrios adheridos al casco de las naves durante las estadas por los deseados puertos de arribo; ya en las aguas encendidas á los latigazos de la centella eléctrica; ya en la tromba que, á guisa de sanguijuela chupando la sangre, levanta en ciclónicas espirales á las ondas tormentosas y luego las diluye por doquier en diluvios espesos; por fin en todos los espectáculos del Océano, surcado por temerarias navegaciones, donde la voluntad y las fuerzas del hombre superan y dominan todas las resistencias y todas las fatalidades juntas del poderoso Universo. Sí, Camoens, entre todos los poetas del Renacimiento, perdura y prevalece como épico, llegando á gloria no gustada por el delirante poema de Ariosto, y por el artificiosísimo poema de Tasso, y por el británico poema de Milton, y por el irónico poema de Pulci; porque Camoens canta la Naturaleza rejuvenecida por los descubridores portugueses de su creadora edad ¿á dónde hubiera llegado, si el estrecho patriotismo portugués, un patriotismo de terruño, no le posee como le poseyó, é inspirándose, cual debía, en toda la gloria peninsular, nos ofrece y presenta la invención increíble de América por el milagroso genio de Colón? Reconociendo yo, cual reconozco, el mérito de tan excelso poeta, digo que no hallo en sus octavas, siendo tantas y tan hermosas y tan inspiradas, ninguna en que su héroe Vasco de Gama, cuyos relatos pasarán de siglo en siglo, exprese algo tan hondamente humano, á pesar de su perfección literaria, como las frases del *Diario* de Colón ante Cuba, parecidas en su concisión sublime á los primeros versículos del *Génesis*. No podrá creerse; mas donde yo hallo una escena épica, semejante al encuentro de Colón y Cuba, es en el poema parlamentario, presbiteriano, inglés, mencionado antes; en el *Paraíso Perdido*, que parece

tan apartado, por su materia poética y por su maquinaria sobrenatural, de Colón y del descubrimiento de América. La escena de Adán en su comunicación primera con el Paraíso terrestre, algo se parece de suyo á la comunicación primera de nuestro piloto con la espléndida naturaleza tropical de Cuba. Encuéntrole un defecto semejante al que tiene para mí en *Las Lusiadas* el jardín donde conduce á Vasco la diosa Venus; como este jardín se halla recortado á la manera latina ó helena de Teócrito y de Virgilio, el jardín edénico de Milton parece un parque inglés del siglo décimoséptimo. Y con esto las emociones allí descritas del primer hombre de la Biblia, en la cuna del antiguo mundo, se parecen mucho á las emociones del primer hombre de nuestro Renacimiento europeo, en la cuna del Nuevo Mundo. Figuraos aquel día, en que creado ya el mundo inorgánico y orgánico, aparecidos todos los minerales, todas las plantas, todas las especies, aquejaba la sed anhelante del espíritu á la Naturaleza, en cuyo seno el hombre no había surgido aún. Faltaba la cadencia más dulce de las divinas armonías, faltaba el verbo humano y sus voces. Las cosas sin alma parecían jeroglíficos sin posible interpretación. Aunque todo estaba ya concertado y dispuesto era el caos aquello, porque le faltaba la unidad, nacida del pensamiento. Sombras de sombras los seres sin ideas. El Universo material sin el hombre aseméjase al cielo sin Dios. El mundo no puede completarse á sí mismo, cuando no encuentra el espejo de nuestro espíritu; no pueden los seres enlazarse unos á otros y corresponderse á una entre sí, más que por el sistema de nuestra ciencia. Todas las cosas tienen como una inconsciente aspiración á lo infinito. La semilla se rompe y estalla en el tallo que sube; la flor se abre en una corola que parece místico incensario y se disipa en un aroma que parece incienso; vuela el ave por lo infinito y entona un himno religioso; pero todas caen sobre la tierra; y sólo se mantiene allá en el cielo junto á Dios la idea, y sólo hay un objeto divino aquí, el humano Verbo. El Eterno accedió al deseo de la materia por llegar

á espíritu, y mandó un soplo de sus labios á su Adán, al animal, cuyos pies todavía estaban enredados con las raíces del mundo vegetal, pero cuya frente se convertía de suyo á lo infinito y reverberaba la idea. Desde aquel momento la creación tuvo conciencia de sí misma y palabra expresiva de esta conciencia. El hombre supo lo que dice cuando gorjea el ave; lo que busca el vapor cuando sube al cielo infinito; á lo que aspiran todos los seres y todos los objetos en las escalas de su ascensión universal que llamamos en el defectuoso lenguaje humano progreso. Como los espíritus se unieron á los cuerpos, la palabra se unió á la idea, y la palabra y la idea se unieron al Universo. Fingid aquel minuto edénico. La tierra palpitante con el primer amor; la luz besando la creación entera con sus immaculados resplandores; los montes envueltos en gasas de nieblas, matizadas por todas las gradaciones del iris; los bosques henchidos de sinfonías concertadas entre sus ramajes y los manantiales fluyentes al pie de sus troncos; las cataratas despidiendo arias unísonas y sublimes, al despeñarse desde los riscos tan deslumbradores como pedrería brillantísima; los animales bañándose á una en el éter y queriendo con amor castísimo á sus parejas, sin recelo ninguno del desengaño y de la muerte; un aroma suave y una música incommunicable, y un calor vivificante, y una brisa dulce, y un aleteo melodioso, y una florescencia maravillosa por todas partes; el hombre sin pecado, de hinojos sobre la tierra, sin mancilla, devolviéndole á Dios en himnos, llenos de ideas, con palabra de agradecimiento, los rebotes y los ecos del Verbo creador, mientras la Trinidad Santísima, inclinada sobre la creación, respirando el vapor que sube de los mundos y viendo el éter que irradian los soles, y escuchando la oda compuesta por las esferas, bendice las nupcias sacratísimas del espíritu humano con la naturaleza universal. Leed luego el *Diario* de Colón y percibiréis en su bíblica sencillez el Paraíso tal como lo entreveía el primer hombre antes de su pecado, bajo las emociones despertadas en su prístina sensibilidad por la vida sin mancha,

por el éter sin sombra, por el concierto de todos los mundos en armonías inacabables sin disonancia ninguna.

Pero sigámosle, después de haber visto la emoción despertada por el conjunto de la isla en su espíritu; sigámosle paso á paso en esta excursión reveladora oyendo sus numerosísimas observaciones. No perdamos de vista que nos ofrece á un mismo tiempo el descubridor breve relato de sus juicios propios sobre los indios y breve relato también del juicio formado por los indios sobre su huésped recién descendido del cielo, según las ilusiones propias de su cándida inocencia. En este punto los españoles no inspiraron á los naturales una tan ciega y tan segura confianza como la que mostraban los naturales de otros puntos. Lejos de ir á su presencia y adorarlos, huían de ellos como de genios maléficos y se ocultaban á sus ojos. Aunque había por allí canoas de mucha capacidad, ocultábanse arreo entre los juncas, como se arrojan al mar y en las aguas se ocultan los anfibios, al oír la voz ó el ruido de sus soberanos, los hombres. Pero el natural de Colón, aquel natural de verdadero explorador, no cedía, no, á tamañas resistencias, antes bien se sobreexcitaba mucho bajo el espoleo de las ansias inspiradas y sugeridas por la curiosidad inquieta de saber así las causas primeras determinantes de ellas como los motivos subalternos y secundarios. Bajó, pues, al campo ribereño del agua, donde anclara, y lo escudriñó todo en todas direcciones. Las dos casas primeras, con que tropezó al paso, estaban vacías de humanos habitantes, demostrando nativa timidez en éstos; mas llenas de objetos domésticos que demostraban una muy reciente habitación. Hechas de palma, tenían, como las casas del archipiélago anterior, formas de tiendas militares. Las redes para coger peces, las fisgas para engañarlos, el anzuelo de hueso muy usado, todos los aparejos de la industria encontrada indujéronle á creerse allí en barrio de pescadores muy limpio y bien aderezado como en cualquier playa europea. La grande capacidad suya y los amplios hogares, una y otros indicadores de indumen-

taria cultura, sugiriéronle muy lisonjeros juicios y muy optimistas presentimientos respecto de la región adonde acababa de abordar. Los indios debían tener alguna cábala, porque á las reiteradas preguntas que les dirigía Colón acerca del Imperio de Catay, así como de la persona del grande Kan, respondíanle con la noticia de que los grandes ríos del territorio aislado aquél á diez llegaban y diez eran los días que se necesitaban para tocar en tierra firme. Pero el P. Las Casas observa muy bien: ó entendió Colón mal, ó le mintieron los indios, pues la tierra firme más próxima estaba solamente á cinco días, era la región llamada hoy Florida. Pero imposible zarpar en requerimiento de otras tierras, como no se industriase más en la ciencia de aquellas inventadas ya y no tomara lenguas acerca de sus diversas particularidades. Habitado á ver las asociaciones humanas revistiendo las formas de Estado; y los Estados revistiendo las formas de monarquías, preguntaba con insistencia en dónde se hallaba el Rey de tan excelsa región, al cual sospechaba, según sus conceptos, comprometido en continuo comercio con el Kan, jefe de un mercantil Imperio. Fuése al amor de las vecinas costas abajo y anduvo hasta hora de vísperas, encontrando buenas poblaciones de casas, las cuales quedaron todas vacías, porque sus pobladores, en cuanto descubrían las carabelas, se asustaban á una con espanto y se corrían desolados y desatinadísimos hacia los montes. Mas entraron los exploradores, y vieron, amén de los usuales utensilios, muy bien compuestas sillas, con algún tallado adornadas, y grandes, á guisa de camas, concluidas por cabezas no mal cinceladas. También halló alguna que otra efigie, tirando á reproducir el cuerpo de la mujer, y algún que otro pájaro bravísimo domesticado por aquella industria, sin que permitiese tocar á objeto ninguno para no producir en el indio contrariedad ó desabrimiento. En su afán de referir todo cuanto veía del nuevo mundo á todo cuanto en el viejo dejara, creyó haber dado con unas cabezas de vacas, equivocándose por completo, pues no había tan beneficioso animal allí, pertenecientes las vistas á ma-